

DOCUMENTOS PONTIFICIOS.

CARTA DE S.S. PIO XII AL CONGRESO MUNDIAL DE INTELLECTUALES Y ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS CATOLICOS DE 1950

A nuestros amados hijos e hijas del Congreso de Pax Romana:

Llegamos hasta ustedes con alegría, amados hijos e hijas, que, bajo la presidencia del Cardenal Arzobispo de Utrecht, estáis reunidos en la antigua ciudad de Amsterdam para el XXI Congreso Mundial de Pax Romana. Y nuestra primera palabra será para invocar la abundancia de los dones espirituales de luz y fuerza sobre los trabajos que inauguráis.

Hoy día, en realidad, vuestro título de estudiantes e intelectuales católicos está cargado de responsabilidades como raramente ha ocurrido en el curso de la historia; y es por esto que en el pacífico combate por la defensa e irradiación de la verdad, Nos os exhortamos, según los términos mismos del apóstol, "a que estéis firmes en un mismo espíritu, luchando por la fé del Evangelio, sin dejaros intimidar en nada por los adversarios". (Filipenses I, 27-28).

Si fuera necesario decir algo más, el programa de vuestras diversas reuniones sería una prueba para nosotros de que no esquiváis ni los problemas que se imponen al pensamiento moderno, ni en particular, las tareas que incumben a los pensadores cristianos. Sed felicitados por ello, y que los votos del Padre Común sean para vosotros la garantía de una labor fraterna y fructuosa.

En la unidad de vuestro doble movimiento internacional, vosotros simbolizáis a nuestros ojos, no solamente la diversidad de las profesiones literarias y científicas que se reparten el campo de la actividad intelectual, sino además, la riqueza ancestral de las tradiciones propias de cada una de vuestras tierras de origen; vuestra sola presencia, además, testifica los pacientes esfuerzos de tantos sacerdotes y laicos que, en cada ciudad, en cada universidad, han suscitado estos grupos de Acción Católica cuya vitalidad es condición y garantía del valor de vuestra asamblea. También al saludar al Congreso de Pax Romana, vemos perfilarse a vuestro lado la inmensa muchedumbre de nuestros hijos, los estudiantes y los intelectuales católicos del mundo entero: a todos ellos como a vosotros mismos, Nos os recordamos como una imperiosa exigencia estos dos deberes: presencia en el pensamiento contemporáneo, servicio de la Iglesia.

Si, estad presentes en todas partes en la avanzada del combate de la inteligencia, en momentos en que ésta se esfuerza en afrontar los problemas del hombre y de la naturaleza en las nuevas dimensiones en que se colocan actualmente. Nadie, sin duda, se engaña a sí mismo sobre los tropiezos particulares que acechan hoy día al espíritu humano por el hecho de la amplitud de las cuestiones que han surgido; y, sin embargo, ¿podrían los hijos de la Iglesia abandonar la búsqueda y la reflexión, cuando precisamente, aplicaciones desordenadas de la ciencia y el prestigio del relativismo filosófico, conmueven en los espíritus frágiles e inquietos los principios más fundamentales y los valores más esenciales?

Que vuestra presencia en esta palestra del pensamiento lleve, por el contrario, un testimonio de firmeza y de prudencia. El progreso científico no puede como tal, desconcertar al creyente, a quien, más bien, le place servir.

lo y saluda en todo descubrimiento una magnífica manifestación de la Sabiduría y Grandeza del Creador. Pero, frente a la seducción de nuevos sistemas, es más que nunca necesario, aún para el futuro del espíritu, asegurar las bases de una sana filosofía, y afirmar la trascendencia de la verdad; fuera de eso, la razón humana no puede hacer otra cosa que enloquecerse en la inestabilidad, a menos que ella se erija a sí misma en supremo principio contemplador de los derechos soberanos de Dios.

Que vuestra presencia lleve a esa palestra, igualmente, un testimonio de caridad y unión: sin duda la amplitud del saber contemporáneo exige actualmente, aún en el mero plano de los conocimientos técnicos, una colaboración, muchas veces paralizada desgraciadamente por consideraciones extrañas a la preocupación por la verdad. Pero más todavía, la urgencia de los problemas humanos que se presentan a vuestra generación, llama a todos los espíritus rectos y sinceros a la comunidad de los esfuerzos en la comprensión recíproca: ¡estudiantes de diversos países, intelectuales católicos de todas las profesiones, multiplicad entre vosotros, en torno a vosotros, los intercambios fructuosos y los contactos pacificadores!

Una acción tal, y tales testimonios, son ya, a decir verdad, de parte de los católicos apreciados por su competencia y su conciencia, un auténtico servicio de la Iglesia.

Pero este servicio, vosotros lo cumpliréis más precisamente en el campo de vuestra profesión, brindando a la elaboración del pensamiento cristiano el aporte necesario de vuestras experiencias y de vuestra cultura. Hoy día, los teólogos católicos deben poder contar con nuestros hijos, sabios o técnicos, filósofos o juristas, historiadores, sociólogos o médicos, para dar a sus trabajos el respaldo de conocimientos profanos ya experimentados. En el seno de la Iglesia, y en vuestra calidad de intelectuales, he ahí vuestra misión privilegiada.

Y es por esto que este servicio vosotros lo cumpliréis con el sentido de vuestra responsabilidad, pero también con un corazón filial y con la docilidad del que tiene confianza. La enseñanza que la Iglesia os imparte, las directivas que ella os da, la prudencia que ella algunas veces os impone, son para vuestras labores, tanto fuentes de fecundidad, tanto garantía de seguridad, cuanto prenda de la verdadera libertad. Deseamos, de todo corazón, que en el ejercicio de vuestra tarea profesional, vosotros descubráis con cuánto respeto y con cuánta vigilancia la Iglesia, maternal, sostiene vuestros esfuerzos en estos difíciles tiempos en que nos toca vivir.

En estas condiciones, estudiantes e intelectuales cristianos, participad según vuestra propia vocación en la obra de la Redención en el mundo de la cual vosotros habéis hecho el temario central de vuestro Congreso—¿no exige en efecto que vosotros os insertéis en el corazón mismo del esfuerzo intelectual contemporáneo a imagen de Cristo, semejante a nosotros en todo salvo el pecado? ¡Y exige ella igualmente que vosotros llevéis fecunda en vuestro espíritu la virtud salvadora de este Cristo, único Redentor cuya vida nos está comunicada en la Iglesia!

Proseguid, pues, vuestros trabajos, animados de un mismo espíritu, fortalecidos por una misma esperanza, seguros de la confianza que os dispensa la Iglesia. Es en aras de nuestra paternal benevolencia y de nuestros deseos, que Nos os acordamos de todo corazón una amplia bendición apostólica, fuente de abundantes gracias sobre vuestras personas y vuestras labores.

Vaticano, 6 de Agosto de 1950.

PIUS P. P. XII